

y Babilonia murieron bebiendo. La ciudad reina de los asirios no pudo sobrevivir á su derrota, y la ciudad reina de los caldeos pudo ser manceba y cortesana de sus enemigos. Los medas y los persas cargaron de oro sus carros é hicieron siervos á sus hijos. La tierra que la soportó, avergonzada de su tiranía y de su podredumbre, repelió sus escombros y sus cenizas. Ni el árabe nómada, ni el pastor errante levantaron allí su tienda. Los tigres y las hienas hicieron de aquellas casas habitadas por déspotas sus madrigueras. Hija de la aurora, estrella de la mañana, la ciudad que había deletreado los astros cayó en lo más profundo, en lo más negro de una fosa, y no se volvió á ver en el desierto ni el fuego fatuo que despiden los huesos abandonados á la soledad y á la tristeza de la noche. Estas grandiosas profecías de la libertad truenan aún sobre la frente de los tiranos, y muestran cuán divina es la eternal justicia de la historia.

Aquí, en Caldea, ya vemos con nuestros ojos mucho más determinado que allá en la India y en el Egipto los verdaderos tipos de la familia y de la casa oriental; imperio puramente militar, está fundado en la esclavitud y en la poligamia. Estas dos terribles plagas sociales demandan una casa en consonancia completa con sus tristes condiciones. Así las grandes casas de los asirios dividíanse todas ellas en tres apartamentos capitales: el serrallo, sitio de recepción, donde habitan los hombres; el harén, sitio de clausura, donde habitan las mujeres; y el kan, sitio de vergüenza y de pena, donde habitan los esclavos. El serrallo en los grandes palacios

asirios estaba compuesto por las habitaciones de mayor lujo y ornamento. Allí los patios aireados, los surtidores argénteos, las galerías pintadas, los suelos bruñidos, las salas ceñidas de telas multicolores y guardadas por colosales misteriosas esfinges. Junto al serrallo, habitación principal de la casa, levantábase una pirámide altísima, en cuya cumbre los magos y los astrólogos se juntaban por la noche para interpretar secretos de los astros y referírselos á los oídos de los reyes. Después del serrallo y del observatorio, veíase allí el harén. Su aspecto exterior indicaba bien el oficio á que se había destinado aquella construcción. Más que otra cosa parecía una cárcel. Dos puertas tan solamente franqueaban al acceso, y á cada puerta se veía una sala de guardia reservada para los eunucos. Sus espesas paredes no toleraban ni permitían ventanas. Un gran patio central, adornado con todas las riquezas propias del Oriente, servía de plaza ó cita en todo tiempo á las infelices mujeres, tan desgraciadas por lo menos como sus camaradas de cautiverio, los esclavos y los eunucos.

Así como aparejan las jaulas de suerte que las avejillas puedan imaginarse libres y sentirse contentas, aparejaban á las hembras orientales el recatado harén. La moderna erudición ha restablecido el patio central de estas viviendas extrañas en espacio que podríamos llamar sitio real de los emperadores asirios. El pavimento, bruñido de colores realzados por barnices y aceites, aseméjase á grandioso espejo; las fuentes, ascendiendo á las alturas en surtidores cristalinos, derrúmbanse con estrépito

sobre las tazas de mármoles; toldos teñidos en colores suaves defienden la luz y ciernen el aire; columnas revestidas de metales preciosos y semejantes á gallardas palmeras sustentan galerías cubiertas de alharacas multicolores y áureos enrejados; sobre bancos relucientes tiéndense cojines blandos, y sobre los cojines los cuerpos breves y cansados de las hastiadas odaliscas; en los intercolumnios, entrepaños de telas bordadas primorosamente ó de tapices primorosamente urdidos; á las esquinas y costados pajareras pobladas de canoras aves ó alhamíes llenos de reliquias y sortilegios; por doquier la esclava que danza ó el eunuco que tañe arpas y salterios; mas en parte alguna aquella felicidad que sólo granjean una familia pura formada en libertad por el amor casto, el cual, sin excluir la satisfacción de los sentidos, eleva y fortalece las almas. Se han hecho tantas escavaciones en los desiertos de Caldea, se han hallado tantos bajos relieves, trozos en tal manera de sus templos, de sus palacios, de sus estatuas, que paseándonos por las salas del Louvre ó del Museo británico, parecemos en comunicación estrecha con tan apartadas gentes. Según bajos relieves que guarda el Museo de Londres, y que nosotros hemos visto mil veces, puede inferirse con certeza una vieja vivienda de los reales palacios asirios. Vese al rey tendido sobre un diván, el codo apoyado en blandos cojines, los piés envueltos en ricas cubiertas, sosteniendo con una mano la flor del loto y con la otra la copa del festín, mientras enfrente, sobre un escabel, sentada en silla regia, ce-

ñida de corona mural, ambas orejas desgarradas por gruesas perlas, el cuello relumbrante de pedrería y la veste de incomparables brocados tejida, vése la reina delante de una mesa con insignias reales y entre varios eunucos, renovando éstos el aire con sus abanicos de rizadas plumas, ofreciendo aquéllos en preciosos tarrós olorosas esencias y tocando todos instrumentos músicos bajo doseles de pámpanos y flores y ante trofeos de antiguas victorias, en los cuales resaltan los tristes rostros de viejos enemigos muertos y descabezados.

Nada tan horroroso como los rebaños de siervas que rodean estas altas eminencias. Un cortejo de esclavas sigue por doquier á la reina, esclavas que comparten á veces con ella los favores reales y que tocan en el mismo día los dos extremos de la mayor excelsitud y de la mayor miseria. La conquista eterna traía consigo el pillaje perpetuo, y el pillaje perpetuo alimentaba los harenes de terrible y vergonzosa esclavitud. Mujeres de todas las castas vecinas y de todos los territorios, ó asaltados ó sometidos, poblaban aquellas ciudades tristísimas de la servidumbre, cien veces más horribles que las ciudades funerarias. Hijas, esposas de reyes altísimos habían pasado de un golpe desde sus tronos al tálamo vergonzoso de sus vencedores. Muchas llevaban perpetuamente las argollas recordatorias á un tiempo de su grandeza y de su esclavitud. El ocio engendraba bien pronto la corrupción, y la corrupción engendraba bien pronto el embrutecimiento. A lo sumo divertían estos ocios tristes y los placeres embrutecedores urdiendo y bordando

telas con un arte y con una paciencia incomprensibles. Las franjas, los flecos, los tapices, no tenían igual. Aquello no era una casa, era un cuartel. Entre siervos y siervas había en aquellos palacios más de veinte mil. Y para proveer á las necesidades múltiples de tan numerosa familia, salían á combate con frecuencia y depredaban á los viandantes sin piedad. Tal era la organización de aquella familia, en la cual no podían prender de ningún modo los grandes sentimientos. Entre los eunucos, los harenos, los esclavos, el alma de la pobre mujer se descoloraba y se perdía sin poder cumplir ni sus deberes de esposa ni sus deberes de madre.

Si de tal suerte se hallaban constituídas las clases altas, las inferiores, por su parte, hallábanse constituídas en tribus. La poligamia estaba permitida por las leyes y por las costumbres. Mas no era verdaderamente asequible á los pobres. Dejábale á cada cual el número de mujeres que podía mantener. Así el harén real no tenía límites, y se reclutaba en todos los combates después de todas las victorias. Hanse hallado en las inscripciones de los harenos dichos tan vergonzosos que los historiadores más fieles no se atreven á reproducirlos por no manchar las páginas de sus historias. El dios Nisroc presidía de antiguo las bodas. Cada padre debía dar en dote á su hija cualquier inmueble por pequeño que fuese. Los campos ó los edificios constitutivos de la dote se hallaban preservados por tales anatemas, que nadie hubiera sido seguramente osado á tocarlos. Ciertas piedras con sus correspondientes inscripciones contienen estos anatemas.

La Biblioteca Nacional de París posee una. Todas las divinidades, tanto del cielo como del infierno, vense conjuradas allí á mantener con el signo de la propiedad la propiedad misma. Dolores acerbos y sin remedio para la vida, ceguera para los ojos, veneno para las entrañas, hasta sangre para la orina se pide á los dioses del cielo y del infierno contra los desconocedores del derecho, contra los capaces de quitar á los campos estas piedras donde constan sus varios adquiridores y el derecho con que los han adquirido. La familia, ya lo hemos dicho, estaba constituída por una tribu, y la tribu exigía en su dirección el despotismo de un patriarcado. Si un hijo negase á su padre tendrá éste derecho de reducirlo á servidumbre y de venderlo por dinero. Si un hijo negase á su madre, raparánle radicalmente la cabeza, y después de pasearlo en procesión burlesca por toda la ciudad, pondránlo á sus puertas á fin de que no le quede otro refugio sino el desierto inmenso. A su vez, cuando padre ó madre negaban ó desconocían sus hijos legítimos, la ley castigaba esta negación y este desconocimiento encerrando á sus fautores en su casa como si fuera una cárcel.

Cuando la mujer faltaba de cualquier modo á su marido arrojábanla violentamente al río. Si el marido faltase á su mujer, salía del paso con liviana multa. No podía en aquella sociedad haber hombres independientes. Quien salía de su familia ó de su tribu, entraba casi en el sepulcro. Y cuando se piensa que todo esto se hallaba fundado sobre la esclavitud más terrible, compréndense

las desgracias y las catástrofes que cayeron sobre las ciudades asirias.

Imposible comprender aquel imperio sin comprender el esclavo. Perpetuamente constreñidos á la guerra estos emperadores por la condición de su autoridad y por la naturaleza de su imperio, el despojo capitalísimo y el fruto sabroso de sus combates hallábase por necesidad en la horrible servidumbre. Los ejércitos de jinetes corrían á los cuatro puntos cardinales del aire, y talaban y saqueaban las regiones abiertas á su voracidad para traer consigo en tropel efectos materiales, riquezas tangibles, bestias domésticas y hasta familias humanas. En las puertas bronceas del palacio de Balawat vese curiosísimo bajo relieve que muestra la crueldad usada por caldeos y asirios en los tiempos primitivos con los prisioneros de guerra. En las paredes de un edificio penden cabezas apartadas de sus troncos. No lejos de tal espectáculo, piés, manos en todas direcciones, como si de un matadero se tratase. Sobre un palo el cuerpo de un siervo, á quien han cortado las extremidades de sus piernas y las extremidades de sus brazos. Frente á este horroroso y repugnante suplicio, soldado caldeo de luenga barba, de malla ceñida con cinturón al cuerpo, de tiara en la cabeza, de aguda espada y ancha rodela en el hombro, trucidada un siervo como pudiera un matarife trucidar una res en la carnicería. La humanidad camina con pie tan tardo hacia su generación, que la servidumbre impuesta por los vencedores al vencido resultó á la postre un progreso y un progreso tangible sobre todos los crueles actos de otros tiem-

pos más feroces. Hasta hubo siervos privilegiados en aquella ergástula horrible. Tobías, cuya vida refiere la *Biblia*, resulta en la historia el perfecto tipo de estos siervos cuidados por sus señores. Daniel mismo, al subir desde la esclavitud á la privanza en los palacios asirios, demuestra como sucedía en Babilonia y Nínive lo que más tarde sucediera en Roma, y es, á saber: la concesión de arbitrarios favores á los siervos complacientes con los déspotas ó que á los déspotas placían. Así la esclavitud tan célebre de Israel, no resulta, bien apreciada, de una crueldad semejante á la ejercida con otros pueblos vencidos. Jeremías mismo confiesa que su gente halló en la tierra de los caldeos, como en la tierra prometida, higos dulcísimos pendientes de verde ramaje, granadas abiertas de granos frescos y dulces, en las vides racimos, en los odres leche y arroyos de miel en las cortezas de los árboles. Naturalmente, no podían tales ventajas compensar el incendio de Samaria, las ruinas que cubrían el monte Sión, los fragmentos del santuario desparramados por los caminos y por las encrucijadas, la separación de una ciudad tan querida como Jerusalén, y los profetas colgaban de los sauces funerarios las arpas plañideras para que las tañesen los vientos y les arrancasen dolorosos gemidos.

Mas esta poesía, que nos describe la esclavitud israelita en Asiria, no puede, no, darnos idea de las diferencias existentes entre la condición de tales siervos y la condición de otros, mucho menos conocidos en la historia, pero mucho más probados en las realidades y tristezas de nuestra pobre vida.

En el Museo británico, donde tantas antigüedades asirias hoy resplandecen, he visto yo así el convoy de prisioneros conducidos en guisa de rebaños á los rediles ninivitas como los oficios desempeñados por los siervos tristemente oprimidos. Da terror la contemplación de los instrumentos empleados en impeler los siervos al trabajo. En cuanto alguno desfallega ó se descuida, un palo, un látigo, un garfio, un botón de fuego le despierta y anima con su horror. Esas esfinges talladas en una piedra colosal, que pesan como un monte, han sido conducidas al sitio donde radican sobre las espaldas de los esclavos. Muchos de ellos, además del pesado pico puesto en su puño, llevan argolla, pesadísima también, á la rodilla y al tobillo, después de haberlos llevado al taller y al campo de sus esfuerzos en férreas jaulas como á feroces bestias. El derecho penal no escrito, sino entregado á merced y arbitrio de los señores, inventa con una cruel fecundidad toda clase de martirios. Los empalan, los despellejan, los crucifican, los arrancan los ojos con hierros candentes, los trucidan en pedazos como el tigre á sus presas y los entierran vivos.

Nuestro ilustre amigo Layard, á quien debemos tantas y tan luminosas revelaciones acerca de los antiguos pueblos caldeos, nos ha dejado una descripción del traje de los esclavos tomada con la mayor exactitud posible de los antiguos bajorelieves. Desnuda la cabeza, corta y rizada la barba, tallado el cabello de suerte que no pudiera confundirse de ningún modo su peinado con el peinado de sus señores, vestían trajes extranjeros, distintivos

de su dura y terrible condición. Burda túnica sin mangas caíales hasta la mitad de las piernas, y burda capa cubierta con escamas de pescado caíales de los hombros. Algunos de los dados á ciertos oficios ni trajes tenían. Un gorro redondo significaba la servidumbre última. En cuanto á las mujeres, ciñen unas corto velo que solamente les llega en su cortedad á los hombros, mientras llevan las más el cabello desceñido y suelto. La condición del sexo bello no era materialmente de aquella crueldad que la condición del sexo fuerte; pero, en cambio, era de mayor infamia y de mayor vergüenza moral. No padecían las mujeres los horrores de derecho penal impuestos á los hombres; pero, en cambio, esclava y manceba de su señor aparecían como dos palabras sinónimas. Encerrábanlas, por regla general, en el harén, y allí las tenían recluidas á merced por completo de los caprichos del déspota. Horrible sociedad aquella. Digna de compasión la mujer esclavizada y envilecida en el harén; pero más digna de compasión aún la mujer á quien se le permitía por costumbre alguna libertad, pues tal infeliz estaba como fuera del mundo, sin amparo y sin auxilio alguno, expuesta en su debilidad á todas las inclemencias con que puede azotar á los mortales, así la dureza de los elementos como la dureza de un medio social pervertido y vicioso. Así tenía por la mayor desgracia que pudiera ocurrir á una mujer esclavizada el no gozar de las infames predilecciones del amo.

En la prostitución estaba la salud y la esperanza de gentes tan desgraciadas.

Naturalmente, cosas las esclavas, comprábanse y vendíanse como se compran y se venden todos los objetos de comercio en este mundo. Y al venderlas y comprarlas no se tenían para nada en cuenta los afectos más caros al humano pecho. Como no se las creía capaces de pudor á las infelices, no se las creía capaces de ningún otro sentimiento. El que más hondamente arraiga en el corazón de las mujeres, el amor maternal, no detenía, no, á los bárbaros déspotas.

¡Cuántas veces la madre lactaba su pequeño, mirándolo con éxtasis maternal, el más sublime de todos los éxtasis, y venía un sayón desapoderado á separarle del regazo y del pecho aquel fruto de sus entrañas con la misma indiferencia que si arrancara un fruto á los árboles! Naturalmente, por mucho que las costumbres sociales acallen las voces del corazón, por mucho que los medios ambientes transformen la naturaleza humana y ahoguen con la repetición de actos conocidos bajo el nombre de costumbres el espíritu, sus ideas y sus afectos, no se puede, no, destruir en instituciones tan bárbaras como la esclavitud, impulsos como el pudor tan propios y naturales al sexo débil ó afectos tan profundamente arraigados en su ánimo como el amor de madre. Por eso, cuando nos inclinamos á los abismos que se han tragado los imperios caldeos, no podemos menos que sentir el vapor de sangre y lágrimas elevadas desde sus senos á la eternidad, y ver en la desgracia que los ha castigado, en la destrucción irremisible que ha desvanecido hasta sus cenizas, una sentencia definitiva é in-

apelable de la inmanente justicia que preside al tiempo y á la historia.

Herodoto cuenta muchas particularidades extrañas aún respecto de las mujeres que no se veían en la triste condición de siervas. Entre otras cosas, dice que las vírgenes núbiles, á la hora de casarse, iban á público mercado, llevadas por sus padres, y una vez allí, distinguíanse y separábanse las hermosas de las feas, y según el grado é importancia de su hermosura respectiva, los mozos núbiles pagaban una cantidad mayor ó menor de oro y plata por ellas. Pero esta cantidad no les pertenecía á las hermosas; reservábase de antiguo para dotar á las desgraciadas y á las feas. El mozo que codiciaba una hermosa joven tenía que pagarla, y la cantidad á este fin dispuesta entregábase por los magistrados al joven conforme con tener una mujer fea. Por tan extraño modo, las predilectas y favorecidas de la naturaleza dotaban á las deformes y á las desgraciadas. Pues aun refería más Herodoto, aun refería cómo la mujer estaba en el caso de prostituirse por lo menos una vez al año para congraciarse con Milita, la Venus asiria, cuya religión exigía este tributo anual á los amores carnales, de los que creíasela protectora y abogada. Según Herodoto, en el día litúrgico señalado por todos los calendarios, debían ir las mujeres al templo y ofrecer en holocausto carnal amor á sus dioses. Rica ó pobre, patricia ó plebeya, por mandatos de su religión, tenía que darse al más desconocido y al más extraño una vez anualmente, cuando el desconocido y el extraño le arrojaba objeto de cierto valor á las rodillas en el

templo. Parece todo esto de suyo tan por extremo inverosímil que, aun refiriéndolo autor del crédito alcanzado por Herodoto en los asuntos orientales, no podemos creerlo. El harén está en tales misterios envuelto, que todo en él se cree posible, y fábula é historia sacan de todos estos misterios escándalos increíbles.

Un pueblo así debía originar ciertos seres fantásticos, prestados luégo á todas las literaturas y á todos los tiempos. El asirio no se contentaba con una contemplación verdaderamente sencilla y una ciencia humana de la naturaleza; veía en su imaginación algo más allá de la materia universal, y á ese algo fantástico se le llama en todas las lenguas magia. No podía creer un hombre de aquellos tiempos en la inmutabilidad y en el rigor de las leyes fatalmente cumplidas á todas horas y en todas circunstancias por el universo. Creyendo á éste una especie de Dios arbitrario, el cual oye los votos que le ofrecen y aspira el incienso que le queman, y cambia de voluntad y pensamiento según que giran más ó menos en torno suyo las humanas promesas y las humanas plegarias, proponíase tornar lo propicio, cuando estaba iracundo, con amuletos, con cábalas, con sortilegios, con grandes encantamientos. No les bastaba, no, á gentes así, tan exaltadas en sus fantasías, estudiar el curso de los astros y fijarlo en sus astronómicas tablas; creían más de aquello que les presentaban las observaciones continuas y los estudios incesantes; creían que cada estrella iba trazando en el empíreo cifras destinadas á dirigir la suerte de los mortales, y que

cada hombre tenía su horóscopo escrito con caracteres de fuego en la celestial inmensidad. Esta propensión á poner las fuerzas mágicas sobre las fuerzas naturales y á ligar el destino de cada mortal con el curso de cada estrella, produjo artes como la quiromancia y astrología, escudriñadoras de lo porvenir, ó en el mapa de nuestras manos ó en el mapa de nuestros cielos. Así los seres extrañísimos, que tantas veces nos han quitado en nuestra infancia el sueño, las brujas de nuestros sábados, cabañeras en cañas de pobrísimas escobas, y cuyas carcajadas se mezclan á una con los bramidos del viento y con los toques de ánima en las largas veladas invernales, provienen de Caldea y se explican por la magia y por la quiromancia babilonias. Y estas ciencias y estas artes astrológicas añadían ciertos aspectos al sexo hermoso, no sospechados en tiempos anteriores. La bruja envuelta en su manto de tinieblas, especie de ave nocturna, cuyos ojos centelleantes fosforescían en el seno de los grandes misterios, ligábase con la luna melancólica y sus pálidos rayos. A los aspectos del astro de la noche uníanse diversísimos horóscopos. Cuando la luna se dejaba ver el primero de mes, la faz de Caldea se apaciguaba y alegrábase á su vez el corazón de los caldeos. Si la luna parecía pequeña y como en disminución, á la simple vista, llenábanse los graneros; si la luna tomaba el mismo aspecto que al día primero en el día veintiocho, mal augurio para los países de Occidente. En cambio, la luna visible por los días treinta auguraba bien á los pueblos de Acad, y mal á los pueblos de Siria.